

# 1

NUNCA IMAGINÉ QUE ME ENCONTRARÍA con Ewan McGregor en un lugar como éste.

Por supuesto me estoy refiriendo a El Almendro, esa taberna castiza situada en la calle del mismo nombre en Madrid, en la que sirven unos huevos estrellados que están de muerte. Y no me negarás que la taberna El Almendro es un sitio un tanto extravagante para encontrarse con un actor como Ewan McGregor. Llevo años fantaseando con posibles encuentros con él, pero la mayoría de ellos se desarrollaban en un restaurante de moda de Londres o en las tierras agrestes de Escocia. Nada que ver con los desvencijados taburetes de la taberna El Almendro, el suelo sucio y lleno de servilletas arrugadas, la vieja barra de bar impregnada de surcos de cerveza y la clientela variopinta, formada en su mayoría por viejos del lugar.

Pero es él. No hay duda. Es imposible equivocarse.

Ewan McGregor, el auténtico, el de las películas, ese actor que está como un queso de Burgos, está a sólo diez pasos de distancia de mí, apoyado en la barra. Miro a mi alrededor buscando las cámaras ocultas de «Objetivo indiscreto». El hombre por el que llevo suspirando varios años y yo hemos coincidido en el mismo espacio-tiempo y esto: 1) o es una broma preparada por mis amigos, o 2) es un sueño.

Pero por mucho que me esfuerzo no veo nada (a lo mejor por eso las llaman cámaras ocultas), así que decido que sea un sueño, una broma o la dura realidad, no tengo nada que perder. Me armo de valor y comienzo a avanzar lentamente por el local sin apartar la vista de mi objetivo. Cuatro metros nos separan.

Tres metros.

Dos.

Uno.

De repente, levanta la vista y nuestras miradas se encuentran. Sus intensos ojos de color azul fijos en mí. Dudo un poco, demasiado nerviosa para continuar, pero una fuerza más poderosa que yo me atrae irreversiblemente hacia él. Me deslizo por el suelo del local y antes de que me dé cuenta estoy en sus brazos. Cierro los ojos aturdida. Noto su cálido aliento sobre mi rostro y sus manos subir delicadamente por mi espalda hasta mi cuello. Sus dedos acarician la piel de mi nuca suavemente al principio y luego más y más fuerte.

Más fuerte.

¡Me quiere ahogar!

Lucho para separarme de él, pero cuando abro los ojos no es Ewan McGregor el que aprieta mi garganta sino...

¡Un bote mutante de dos metros de altura de Spumax Plus, el lavavajillas suave con pH neutro que cuida y protege tu piel!

Grito aterrorizada, pero ningún sonido sale de mi garganta. El bote mutante me mira con sus ojillos malignos y se ríe abiertamente de mis intentos por liberarme. Pero yo no me rindo. No puedo rendirme: la ropa que llevo es de algodón cien por cien y no sé si resistirá un asalto con este lavavajillas sin encogerse. Miro a mi alrededor buscando una mano amiga, pero los parroquianos de la taberna El Almendro están dando buena cuenta de un plato de huevos estrellados y todos sabemos lo que pasa cuando te ponen un plato de éstos delante. El bote mutante aprieta al máximo las manos en torno a mi cuello y comienza a echar espuma por la boca. Forcejeo más y más hasta que en un descuido (un camarero con una ración de oreja a la plancha pasa por nuestro lado y al bote mutante se le van los ojos) consigo escapar de sus brazos. Doy la vuelta rápidamente y echo a correr hacia la salida. En mi huida no

puedo evitar echar miraditas hacia atrás. Efectivamente, el bote mutante sale corriendo detrás de mí dejando todo limpio a su paso.

—No te librarás de mí —me grita, y añade—: Ja, ja, ja.

Ya no tengo ninguna duda. Si un bote mutante de dos metros de Spumax Plus, el lavavajillas suave con pH neutro que cuida y protege tu piel, me está persiguiendo por una taberna castiza para acabar con mi vida, eso sólo puede significar que estoy teniendo una pesadilla consecuencia de mis desvelos durante la última semana para hacer la campaña de publicidad de Spumax Plus. Eso también significa que lo único que puedo hacer para evitar que me atrape es despertarme. O dejar la publicidad.

—Sabrina, Sabrina... creo que llegas tarde...

Alguien me tira de la manga del pijama. Abro un ojillo. Efectivamente, no es Ewan McGregor, pero al menos, tampoco es un bote mutante de Spumax Plus. Candela está sentada sobre mi colcha y me mira con ingenuo interés. Sin prisas, con la tranquilidad de las personas que no tienen nada más que hacer por la mañana que despertar a las compañeras de piso dormilonas y ver el programa de Ana Rosa. Tal y como me temía el despertador marca las 9.23. Debería estar en la agencia a las 9.30, lo que me da exactamente siete minutos para levantarme, arreglarme, desayunar y trasladarme a la otra punta de Madrid. ¡Tarde, tarde, tarde!

Gruño, gimoteo y me hago de rogar.

—¿A qué hora llegaste a casa? —me interroga ella.

Carraspeo y encuentro en algún lugar la neurona que me permite hilar las palabras:

—Ni idea. A lo mejor a las cinco. Hoy había presentación —aclaro.

Candela hace un gesto de incompreensión y se levanta:

—Hija, la verdad es que no entiendo esa manía que os ha entrado a todas de trabajar.

Intento alzar las manos para rodear su cuello y provocarle una asfixia mortal, pero sólo me sale una pedorreta como contestación. Tarde, porque ella ya se ha ido de mi habitación. La verdad es que Candela me pone de los nervios con esa actitud de niña pija de provincias que se cree que todas tenemos un padre representante de tractores dispuesto a mantenernos y a pagar todos nuestros caprichos.

Hago un esfuerzo sobrehumano para salir de las sábanas calentitas y afrontar la dura y fría, sobre todo fría, realidad. Primero saco una mano. Luego intento convencer a mi brazo para que le siga, pero las negociaciones son bastante duras. Poco a poco, y con la ayuda de un abogado sindicalista de Comisiones Obreras, logro convencer al resto de los miembros para que abandonen el hogar y salgo de la cama.

Un pingüino pasa por mi lado y me saluda.

Me cuesta unos segundos darme cuenta de qué es lo que tengo que hacer a continuación. Al final, decido que lo más adecuado es ir al cuarto de baño y prestar unos segundos a mi aseo personal. Mi estilo de asearme por las mañanas sólo se puede definir como estilo cadena de montaje. Es decir, un proceso rápido, conciso y mecánico que se desarrolla en un espacio estrecho, alargado y desangelado en el que en el área número 1 hago pis, en el área número 2 me ducho y en la número 3 me peino. Proceso que me lleva tres minutos exactos. ¡De puta madre, nuevo récord mundial!

Vuelvo a mi habitación para vestirme, pero ni me molesto en abrir el armario: todo su contenido está esparcido por el suelo. Estoy segura de que mi fondo de armario (o de suelo) tiene algo que ver con la subida de acciones de Zara en el último año. Cojo varias prendas del suelo al azar y me las tiro por encima. Me plantearía hacer la cama, pero soy un animal de costumbres, ¡qué le vamos a hacer! España y yo somos así.

Bueno, más bien, mis compañeras de piso y yo somos así.

Comparto piso con dos chicas. Ana tiene veintiocho años y es secretaria en algún tipo de compañía punto com. Candela tiene veintitrés, es de Badajoz y todavía está estudiando. La verdad es que ninguna somos buen ejemplo para las demás, bebemos un montón de vino y limpiamos el baño de uvas a peras. Por mi parte sólo puedo decir que todo lo que me enseñó mi madre durante todos estos años ha ido a parar a esa cosa que está siempre llena de desperdicios y que nadie se acuerda de vaciarla nunca. Excepto con la **Ley número 1 de la Ley General de Madres: Nunca te sientes en un váter público**. Te prometo que jamás, jamás en mi vida y por muy borracha que fuera me he sentado en un servicio público. Esto no evita que el resto de mi vida sea un pelín desastre. Y no creas que no me preocupa, sólo que... vamos, que ahora no tengo tiempo para ocuparme de detalles mínimos como ordenar, limpiar, fregar...

Deambulo por la casa y me doy cuenta de que no nos vendría mal que nos hiciese una visita urgente el mayordomo de Tenn con Bioalcohol, aunque seguro que le daba un soponcio en el mismo instante que entrara en nuestro piso. En el salón hay dos cajas de pizza vacías y un extraño olor a salchichón y a ajo. Pero ¿qué se puede esperar de tres chicas jóvenes que pasan sus días trabajando/estudiando y los fines de semana emborrachándose?

Me dirijo a la cocina a buscar un café. Parece que Atila y sus amigos estuvieron aquí anoche celebrando una buena juerga. La cocina presenta un paisaje desolador: alguien se ha dedicado a vaciar todos los cacharros de nuestros armarios, ensuciarlos y dejarlos por ahí tirados. Además, el suelo está lleno de huellas negras, como de animales. Puede que anoche se celebrara aquí una carrera de galgos, puede que la vieja del segundo haya decidido pasear aquí a *Pombi*, su terrier negro, puede que nos visitara Papá Noel y se trajera a todos sus renos... Candela está sorbiendo café de la única taza limpia. ¡Qué cerda! ¡Podría habérmela guardado a mí,

que tengo más prisa! Está tirada en la única banqueta que tenemos, tan rubita, dulce y mona, como si la hubieran teletransportado directamente del país de los Teletubbies. Lleva un pijama rosa con un osito y hojea el *Hola*. La verdad es que Candela es tan buena chica que estoy dispuesta a perdonarle todo. No sé si lo he dicho antes, pero es de provincias. Encuentro mi taza y la aclaro bajo el grifo. Me siento frente a ella con un café con leche largo de café y leche fría, sin decir nada, tratando de quitarme las legañas del cerebro.

—Parece que el príncipe Guillermo de Inglaterra tiene novia formal —me informa Candela.

Ya ves tú.

—Es una plebeya.

Candela parece no darse cuenta de mi falta de interés, porque suspira y mira al techo soñadora:

—¡Con lo guapo que es! Aunque tiene un carácter... Pero, claro, yo creo que debe de ser superdifícil ser príncipe. Porque, imagínate, tienes que encontrar una novia que no sólo te guste a ti y a varios millones de ingleses, sino también a toda la población multimundial. La verdad es que a mí me gustaba muchísimo la otra chica con la que salía. Pero ya se veía que era demasiado perfecta, a mí me sonaba a marketing total. ¿Verdad?

—Mmmm... —Trato de no animarla mucho. Pero le da igual.

—Y es que lo mejor que podría hacer este chico es buscar una chica de buena familia. Española mucho mejor. Porque, no sé lo que piensas tú, pero yo creo que las españolas estamos mucho mejor preparadas para la monarquía que esas extranjeras. Mira a Rosario Nadal, por ejemplo. O a Leti.

No voy a razonar con Candela, porque no he dormido nada y, además, ella es de Badajoz. Así que pongo el modo piloto automático y me bebo el café en silencio. Su charla incesante me llega desde un punto remoto, la miro y asiento. Que sí, que sí... ¿Qué coño estará diciendo ahora? ¿Por qué mueve tanto las manos?

—... porque dicen que Ana Obregón ha tenido algo que ver. Pero ¿sabes lo que me preocupa de verdad? Que todo sea un montaje...

¡Dios santo! ¡Ana Obregón! No sé qué tipo de drogas toma esta chica, pero que me den lo mismo, ahora.

Termino el café y la dejo sola divagando en la cocina sobre el futuro de la monarquía inglesa y su relación con los famosillos de turno. No quiero que te formes una idea equivocada de Candela. En serio, es una chica estupenda... sólo que... bueno, esto... que sus ambiciones son diferentes de las del resto del mundo. Si por ambiciones entendemos aprender a programar el vídeo para grabar su capítulo diario de «Friends».

Recojo mi bolso, grande, enorme, tipo bolsa de deporte tamaño elefante y compruebo si el móvil tiene batería. Por extrañas casualidades de la vida miro a la calle y descubro que está lloviendo. Cojo el paraguas y miro mi reloj una vez más. Las 9.35. Pues me da que no llego.

Me despido de Candela y salgo pitando hacia el metro.

El metro me deprime por las mañanas. Entrás helada y, de repente, una fina capa de sudor se instala sobre todo tu cuerpo y sientes la imperiosa necesidad de quitarte hasta la última pieza de ropa que llevas. Como si fueras Demi Moore en una escena de *Striptease*, pero sin ese pedazo de tetas. Además, está el olor. Ya sabes a qué olor me refiero. Y esta mañana de octubre es peor. Porque está lloviendo. La lluvia lo empeora todo. Paso todo el viaje nerviosa, intentando sujetar el paraguas entre mis piernas para no tener que cogerlo con las manos. Odio los paraguas con toda mi alma. Siempre me ha parecido un objeto inútil que te hace falta justo cuando no lo llevas y que dejas de necesitar justo cuando te has acordado de sacarlo de casa. Además, llevar paraguas es sínto-

ma de que te estás haciendo mayor. Estoy segura de que Jennifer López y Jennifer Aniston no llevan paraguas. Lina Morgan sí. Gwyneth Paltow no. Marujita Díaz no sé, pero seguro que lleva. Intento leer algo pero el cansancio puede más que yo y termino por dormitar ruidosamente con la cabeza apoyada en la barra mientras todos los demás viajeros se dan codazos y me señalan. En especial, dos adolescentes con granos que deben de pensar que soy lo más. Lo más ridículo que han visto hoy, vamos. Afortunadamente, llegamos a Rubén Darío y corro hacia mi salida.

Fuera descubro que llueve más que antes. Corro por la glorieta y me salto un par de semáforos, provocando el caos y los insultos más originales que hayas podido oír antes. Camino de prisa bajo los balcones con el paraguas en una mano y agarrándome el bolso con la otra.

Por fin, giro a la derecha y llego al edificio de mi oficina.

Trabajo en RBDD & Partners, una multinacional de publicidad. Saludo al guardia de seguridad y subo a la planta tercera. Creación. Eso soy. Creativo publicitario. Y aunque te suene muy bien, no es un trabajo tan chulo como lo pintan. Sobre todo ahora, que con la crisis los sueldos no compensan la cantidad de horas que paso aquí. Sí es cierto que tiene otras ventajas, como por ejemplo, poder ir vestida como un adefesio a la oficina (mi ejemplo hoy) pero no tiene nada que ver con la vida glamurosa que la gente se imagina. No, nunca he estado rodando un anuncio en una playa desierta en Bali. No, no viajo a destinos exóticos para buscar la inspiración de mis campañas. No, no me paso los días rodeada de modelos masculinos rebosantes de aceite corporal. Ni me regalan muestras de productos. Lo más que he hecho últimamente ha sido fotografiar botes de lavavajillas. La verdad es que la gente tiene una idea de lo más absurda sobre las agencias de publicidad. Se creen que tenemos futbolines en cada despacho y que nos pasamos el día bebiendo daiquiris para inspirarnos. Y que todos lle-



vamos coleta, camisetas de Custo y nos gastamos una pasta en todas las drogas de diseño que existen. Realmente, la vida en una agencia de publicidad es tan aburrida como en cualquier otra oficina, sólo que aquí todos vamos de «Especiales». Pregúntale a un vendedor de seguros en qué trabaja y te dirá con una vocecilla: «Soy vendedor de seguros». Como avergonzándose de vender seguros o algo así. Pregúntale a un tipo que trabaja en publicidad en qué trabaja y sonreirá muy ufano, pondrá cara de interesante y dirá con orgullo: «Trabajo en publicidad, ya sabes, hacemos anuncios para la tele». Como si todos los días fuera a Nueva York a rodar el anuncio de Nike. Y la triste realidad es que el setenta por ciento de nuestro trabajo consiste en maquetar textos para hacer faldones promocionales en los periódicos y fotografiar latas de fabada para la sección de ofertas del Carrefour. Por mucho que nos cueste hay que aceptar que la razón por la que todos los días sales a las once de la noche es que las galletas Cukitas necesitan una frase para comunicar en su nuevo envase tamaño familiar que regalan un cuarenta por ciento de producto. Y te dirás, ¡qué tontería! Pero ¡si esa frase la puedes hacer en cinco minutos! Pues no. Te juro que la semana pasada, sin ir más lejos, estuve tres horas discutiendo con cuatro energúmenos de marketing de Cukitas, S. A. sobre la dichosa frasecita:

—Es que si dices «gratis» parece que no tiene valor. No sé, como si las regalásemos o algo así.

—Es que las regaláis.

—Ya, pero parece que lo hacemos sin esfuerzo. Y además, ¿las letras no tienen mucho rojo?

—Es que son rojas.

—Ya... pero no sé, ¿no podrían ser de un rojo con menos rojo?

En definitiva, nada que ver con lo que la gente se imagina.

Un día más llego tarde. No es que alguien lo vaya a notar. En publicidad todo eso da igual. De hecho, parece que en esta profesión se aprecia más tener el pelo teñido azul pitufo o un comportamiento histriónico como muestra de tu creatividad que «amplios conocimientos a nivel usuario del entorno Windows» y «dominio medio del idioma inglés».

Entro corriendo en la sala de creativos y me desplomo con un resoplido en mi silla. Carmen, la secretaria del departamento, me mira con reprobación.

—¡Vaya, tienes un aspecto horrible! Tu ropa está toda arrugada.

—Pues menos mal que no has visto mi ropa interior.

Me mira desconcertada. Carmen es de esas que se planchan la ropa que se van a poner cada mañana. De las que hacen la colada antes de que se le acaben las bragas limpias. Y como te habrás imaginado no estuvo ayer aquí hasta las tantas, ni antes de ayer, ni... En realidad, Carmen no está nunca hasta las tantas. Siempre tiene hora en la peluquería o se le han acabado las peras o tiene que ir al ginecólogo. La semana pasada, por ejemplo, nos dejó colgados con una presentación porque tenía que depilarse. Vamos que, entre tú y yo, Carmen llevará las bragas siempre limpias, pero lo que es trabajar en RBDD & Partners...

Enciendo mi Mac y mientras arranca, voy a la cocina a prepararme otro café bien cargado. Los pasillos de la agencia están en hora punta, como todos los días de presentación. Los esclavos del Departamento de Cuentas corren de un lado a otro pegando gritos y portando cantidades industriales de papel. A mí me da mucha pena la gente de Cuentas. Sobre todo, porque los obligan a ir a trabajar con corbata y pelo peinado con raya a un lado. Y si eres chica ¡con falda y medias! También me dan pena porque son los únicos que tratan directamente con nuestros clientes, es decir, con los energúmenos de los departamentos de marketing y tienen que controlarse continuamente para no cometer ningún asesinato.

Subo a la cuarta planta y paso por delante de la sala de máquinas. Sólo hay un training<sup>1</sup> sucio y demacrado, encadenado con una argolla oxidada y maltrecha a la fotocopiadora. Creo que lleva dos días haciendo veinticinco juegos a color del documento de presentación de Spumax Plus, el lavavajillas suave con pH neutro que cuida y protege tu piel. Y todavía no los ha encuadrado. Me da mucha pena. Me mira con desesperación a los ojos y creo detectar cierto grado de locura en su mirada. Deja de darme pena para pasar a darme miedo. A lo mejor quiere que le busque una lima. A lo mejor no ha visto una mujer en años.

—Me pica, me pica —me implora con los ojos llenos de lágrimas—, la argolla me está matando... me pica.

Soy incapaz de decirle nada. Todos hemos pasado por esa situación y sabemos lo duro que es ser un training en una agencia de publicidad. Pero ¡es lo que hay! Me encojo de hombros y paso de largo rápido. En la cocina me encuentro con Gus, otro creativo. La verdad es que tiene un aspecto lamentable. Me pregunto si la brigada de coordinación de colores deja salir a la gente a la calle de semejante guisa. Nos miramos y le sonrío.

—¿Qué tal?

Me contesta con un resoplido.

—Creo que he dormido tres horas —informa.

—No hace falta que lo jures.

—Tampoco tú eres la hermana de la Bella Durmiente.

Miro mi reflejo en el cristal del microondas. La imagen que veo es la de una mujer joven, demacrada por el cansancio y con la piel

1. Training: El chico en prácticas, o también conocido como esclavo, mindundi, etc., pero lo llamamos training porque en publicidad somos así de chulos. No se les paga ni un euro y encima tienen que darnos las gracias a todos constantemente. Yo estuve un año entero de training. Un año entero rogando que hubiera una inspección sorpresa de trabajo. Pero la única vez que los inspectores vinieron me encerraron en la buhardilla.

llena de salpicones de comida recalentada. No puedo más que darle la razón.

—Sí, esto no lo arreglo ni con cuatro kilos de maquillaje —digo—. Lo mío es más de ir a Corporación Dermoestética.

Gus se ríe. Yo me río. ¿Por qué se ríe uno cuando no tiene nada de lo que reírse? Y sobre todo, ¿por qué le llaman risa tonta cuando el nombre más adecuado para esto es risa absurda?

Las tres neuronas que me quedan libres no dan para mucha más conversación así que le dejo allí tirado sobre la encimera mirando los desconchones del techo. Vuelvo a mi sitio con una taza en la que se puede leer el nombre de «Inma». ¡Que hubiera llegado antes!

Me siento en mi sitio y comienzo a reorganizar el escritorio de mi ordenador. Los últimos días han sido horribles y el escritorio está lleno de documentos ilegibles con nombres tan surrealistas como «Documento Presentación Ok», «Presentación OK», «Presentación OK Ok», «Presentación OK Ok 1», «Mierda de Presentación»... Los abro todos y me lleva más de media hora descubrir cuál es el bueno. Para entonces, Mónica ya ha llegado. Mónica es mi compañera. Lo más parecido a un matrimonio que tendré en toda mi vida. La miro alucinada. Si la cara es el espejo del alma, la cara que trae Mónica hoy es el reflejo de un espíritu atormentado por los remordimientos. Los remordimientos de llegar tarde, tarde, tarde al trabajo.

—¿Ha venido ya Daniel? —me pregunta nerviosa mirando a todos lados. Hoy ha batido el récord de los récords mundiales en impuntualidad y eso no es nada normal en una persona tan puntual y responsable como Mónica. Supongo que la pobre salió ayer de aquí más tarde que yo después de haberse cortado a medida lo que parecían doscientas treinta y siete adaptaciones,<sup>2</sup> haberlas ro-

2. Adaptaciones: Cuando un esclavo de Cuentas te pide adaptaciones de una campaña ya te puedes ir acordando de su madre, porque lo que te está pi-

ciado de pegamento y haberlas pegado en cartones. Es normal que llegue tarde.

—Relájate, Mónica. No, no le he visto, pero debe de estar al caer. La presentación de Spumax es dentro de media hora. Seguro que ya está por aquí.

—Sí, tienes razón —es su única respuesta mientras se tira a los cartones. La observo mientras los revisa nerviosa una y otra vez.

—¿Y tú qué tal?

—Fatal. Parece que tengo resaca.

—Yo también —hago una pausa—... debe de ser la edad...

Más risa tonta y/o absurda. Busco con la mirada los diez casos de JB que nos debimos beber anoche. El caso es que no veo nada. Debió de ser una borrachera psicológica. La verdad es que Mónica y yo nos lo pasamos bien juntas. Menos mal, porque como he dicho antes, pasamos más tiempo juntas que el ochenta y cinco por ciento de los matrimonios. Ella es mi directora de arte<sup>3</sup> y yo soy su redactora. Lo que en cristiano significa que yo escribo los textos y ella los pone bonitos con fotos, colores y tipografías. Pero en la realidad eso nunca es así, porque ella hace unos titulares de miedo y yo tengo mejor gusto combinando colores. Y precisamente por eso hacemos un equipo fabuloso. Mónica no es sólo mi media naranja en el trabajo, es mi amiga, mi confidente y mi consejera de compras. Y es realmente curioso, porque si hay dos personas diferentes en el mundo, éstas somos Mónica y yo. Es me-

---

diendo es ni más ni menos que presentes tu idea para una página en miles de formatos más. Ya sabes, cosas como faldones, medias páginas, páginas en blanco y negro, páginas a color, dobles páginas, marquesinas de autobuses, pegatinas para el mechero... el horror vamos.

3. Ser director de arte no implica ser director de nada. En el fondo no son nada más que diseñadores con un nombre grandilocuente. Yo soy redactora, pero podría llamarme directora de textos con el mismo resultado.

tódica, ordenada, tiene pareja estable, la casa como los chorros de oro y su repertorio gastronómico no tiene nada que envidiar a José Andrés. Yo en cambio... no. Pero mejor sigamos con Mónica.

Hoy parece haber perdido parte de su compostura habitual. Pero es que hoy presentamos nuestra primera campaña de publicidad de verdad desde que trabajamos en RBDD & Partners. La archinombrada campaña de Spumax Plus. Y sí, se trata tan sólo de unas páginas a color para un lavavajillas, pero es que Spumax es uno de los clientes más gordos de la agencia. Y estoy segura de que Mónica siente las mismas mariposas que yo rondándole por el estómago. Desde que la semana pasada nuestro director creativo nos informó de que habíamos sido galardonadas con la campaña de marras, ninguna de las dos ha conseguido pegar ojo como es debido. Y parece mentira lo que puede dar de sí un producto con pH neutro que protege y cuida tu piel. Exactamente las veinticuatro horas de cinco días y un fin de semana. Valeeeeeeeeeee... reconozco que muchas de esas horas las he pasado colgada del Messenger y hablando por teléfono, pero ¡es que no se puede estar todo el rato currando al cien por cien! A no ser que seas Mónica, claro.

—Mierda —grita mi compañera de repente.

—¿Qué pasa, qué pasa? —Me levanto y noto que el pánico, que hasta entonces no había aparecido, se presenta inesperadamente en nuestro despacho.

—No hemos puesto acento en «suavizante» —dice Mónica casi sin respirar.

No me lo puedo creer.

—Mónica, «suavizante» no lleva acento.

—¿Seguro? ¿Seguro que no lleva acento en la «a» de «ante»?

—Seguuuuuuuuuro —digo intentando tranquilizarla.

—Ay, vaya... pues creo que lo he puesto en todos los folletos...



manos hundidas hasta el fondo de sus desgastados y viejos vaqueros, dejando que sea su compañero quien lleve las riendas del departamento.

Los dos se detienen delante de nuestra mesa y Daniel nos premia con una sonrisa llena de dientes perfectos. ¡Hay que ver qué dientes!

—¿Qué tal, señoritas?

Mónica es inmune a sus coqueteos, siendo como es la única mujer del departamento felizmente casada, pero yo no puedo evitar ruborizarme un poco.

—Ahí tienes toda la creatividad —dice Mónica señalándole tres toneladas de cartones—. Acabamos de montarla ayer a las cinco.

Daniel se acerca a los cartones y revisa rápidamente las setecientas adaptaciones de la nueva campaña de Spumax.

—Ajá, ajá, ajá... —Pasea sus ojos azules rápido por cada una de las piezas para luego pasárselas a su compañero, quien las mira con mayor atención buscando un fallo donde sea—. Hummm, ajá, hummmm...

Mónica y yo no le quitamos la vista a Nico de encima. Es mucho más exigente que Daniel y tiene un radar especial para detectar los fallos, sobre todo, los fallos que provienen de juniors como nosotras. Cualquier pequeño gesto por su parte puede significar rehacer en cinco minutos lo que ha supuesto horas de trabajo. La tensión crece en mi interior porque estoy viendo muchos pequeños gestos a través del espeso flequillo de Nico. Afortunadamente, Daniel termina la revisión antes que su compañero y hace una pausa dramática para captar toda nuestra atención y tomar la palabra. Le encanta ser el protagonista. Pero pasados unos segundos yo debo de estar casi verde y Mónica parece haber perdido la facultad de la respiración, así que Daniel nos guiña el ojo y exclama entusiasmado:



—Estupendo, chicas. Es un campañón. Vamos a triunfar.

—¿De verdad? —Apenas puedo creer que esté todo correcto porque me parece ver por el rabillo del ojo que Nico no está tan convencido.

—De verdad —me asegura él—. La idea es diferente y está muy bien resuelta.

Me siento tan bien que no puedo evitar enrojecerme hasta la punta de las orejas y hago caso omiso de la mueca de incredulidad de Nico. Está claro que él no está nada de acuerdo con lo que dice nuestro jefe. ¡Pues que le den! Además, ¿a quién le importa lo que piense Nico?

—Y el diseño tiene su punto. Estoy muy contento con vuestro trabajo, chicas. No sé qué más queréis que os diga o haga para demostraros mi amor incondicional y mi más profunda admiración. —¡Cómo le gusta coquetear!—. Entonces... ¿a vender?

Nosotras cruzamos los dedos a la vez y le gritamos:

—¡A venderrrrrrrr!

Daniel nos responde con el gesto de la victoria, coge los cartones y sin decir más se dirige al Departamento de Cuentas. Pero antes se para frente a las puertas de cristal a retocarse el flequillo. Nico parece ir a decir algo, pero lo piensa mejor y se va detrás de Daniel sin despedirse más que con un gesto hosco y sin retocarse el flequillo. ¡Con la falta que le hace!

Cuando le vemos desaparecer, Mónica y yo nos dejamos caer en nuestras sillas con un suspiro de alivio y nos miramos cómplices. Sabemos que tenemos varias horas de relax hasta que la plana mayor de la agencia vuelva de la presentación. Predigo que esta mañana se acaba de convertir en la mañana de la vida padre.

Abro internet y Mónica descuelga el teléfono y marca el número de Jose, su chico.

¡Dios, adoro los días de presentación!

Sin embargo, la mañana de la vida padre se acaba pronto. Más

concretamente, en el momento en el que Marta entra por la puerta de Creación.

Marta es una de las ejecutivas júnior del Departamento de Cuentas, pero se comporta como si fuera la dueña de la empresa. Lo que en cierto modo tiene su parte de realidad, puesto que es la hija del presidente. Pero Mónica y yo no la odiamos sólo por eso. La odiamos mucho más porque es una borde, porque apesta a Vanderbilt y, sobre todo, porque Marta es la directora del centro general de cotilleos de la oficina, centro que preside junto con Carmen, la secretaria del Departamento de Creación y cuyo fin principal consiste en propagar el mal por las tres plantas que ocupa RBDD & Partners. Marta es pequeña, regordeta y se peina su pelo lacio y oscuro tipo casco. Es difícil entender cómo una morfología semejante, más típica de ancianitas amables y dulces abuelitas, puede causar semejante alteración en el equilibrio de la Fuerza. Pero el caso es que su presencia provoca el pánico. Allá donde va, una sombra negra le acompaña y su escaso metro cincuenta acojona de verdad. Los creativos más experimentados se encogen hasta casi desaparecer y los esclavos del Departamento de Cuentas corren a sus calabozos a esconderse. Además, para reforzar su reinado del terror, Marta va siempre vestida de negro de pies a cabeza, a la manera tradicional de las viudas mafiosas italianas. Por todo esto y por sus extraordinarios poderes mentales en RBDD & Partners tenemos un apodo para Marta: Mart Vader. Así que comprenderás por qué comenzamos a tararear al unísono la Marcha Imperial de *Star Wars* cuando presentimos en el departamento su Oscura Presencia:

—Chan, chanchachán, chanchachán, chanchachán, chancha, chachán, chanchachán chanchachán...

(Con música de John Williams y la Royal Philharmonic de Londres.)

Marta se acerca con paso firme y resuelto hacia nuestra mesa y

decidimos callarnos por si las moscas. Como siempre, su presencia ha provocado cinco teletransportaciones al baño y un caso de combustión espontánea. Me encojo en mi sitio con la esperanza de que no me vea, pero esta vez no va a ser posible: su manejo increíble de la Fuerza le ha permitido fijar objetivo y ya no podemos escaparnos. Se planta delante de nosotras y nos lanza una mirada de superioridad (cosa difícil cuando eres enana, pero posible si se trata de Mart Vader). A Mónica y a mí se nos pasan las ganas de reírnos.

—Hay que hacer un folleto para Cukitas —grazna.

Mierda, mierda, mierda.

Ante la avalancha de silencio, Marta continúa:

—Es urgente.

Mónica y yo seguimos sin abrir la boca. Cualquiera la anima. Pero Marta no se achica. Nos tira una hoja sobre la mesa. ¡Mierda! ¡Un briefing!<sup>4</sup> Por nuestra reacción podría tratarse perfectamente de una bomba de plutonio K-234. Mónica y yo nos inclinamos sobre el briefing tratando de decidir si cortamos el cable verde o el rojo.

—Aquí pone que es para hoy —se atreve a comentar Mónica.

Marta sonrío. Bueno, una sonrisa igualita, igualita a la que usa Freddy Krueger dos segundos antes de clavarle a la rubia de turno sus cuchillas en el bajo estómago para sacarle los intestinos.

—Sí. Ya te he dicho que es urgente.

—Ya —Mónica está hoy que lo tira—, pero es que no nos da tiempo.

—Pues os tiene que dar.

4. Briefing: Conocido como orden de trabajo. Es un papelito donde un ejecutivo de cuentas ha garabateado algunos datos inconexos como resultado de una conversación telefónica absurda con un cliente histérico que necesita algo para ayer.

—Pero, Marta —esta vez soy yo la valiente—, ayer terminamos a las cinco. Estamos muy cansadas.

—Ése no es mi problema. —Efectivamente, no es su problema—. El cliente lo ha pedido y ya sabéis cuál es la política de la empresa.

Sí, la sabemos. La política de la empresa es una antítesis de los Artículos de la Convención de Ginebra. Mónica suspira, coge el briefing y se lo lee detenidamente.

—Es para hoy —dice Mónica confirmando mis peores pesadillas.

—Ahhhhhhhhhhhh.

No me gusta derrumbarme delante de Marta, pero no lo puedo evitar. Si hay algo para lo que no estoy preparada hoy es para pasarme la mañana rellenando tres caras de chorradas sobre la fibra y los oligoelementos y su relación con las galletas Cukitas. Trato de recuperarme porque sé que Marta me está mirando y que dentro de media hora toda la oficina sabrá que «Sabrina está pasando por una fase rebelde porque sigue sin tener novio». Así que, sin mirar a Marta, claudico.

—Está bien. Pero necesitamos un poco de tiempo.

—Lo necesito a las siete —dice la muy intransigente.

Voy a decirle algo pero Mart Vader está empezando a perder la paciencia. La última vez que la perdió, un creativo salió despedido contra la pared y, a continuación, se desmayó. Temo por mi vida y asiento:

—Ok. A las siete.

Marta hace un giro de media vuelta y se encamina con paso militar a la salida.

Chanchachachán chanchachán chanchachán, chanchachachán chanchachán chanchachán.

Mónica me mira con pena y trata de consolarme.

—Vamos, Sabrina, esto nos lo quitamos tú y yo en dos patadas.

—Sí —suspiro.

—Sólo tenemos que buscar el último folleto de Cukitas y rehacerlo un poquitín. Cambiamos los textos, los colores y buscamos fotos nuevas.

¡Estupendo! Buscar fotos nuevas. Me apetece tanto buscar fotos en el Image Bank como limpiar la M-30 a lametazos. Pero Mónica ya me está mirando con esa cara que usa Mónica cuando quiere resolver un marrón ya. Ahora. Por favor. Así que soy buena y me conecto a Image Bank, el banco de imágenes de alquiler más grande de la *world wide web* y me pongo a bajar imágenes de familias perfectas con dientes perfectos como una loca mientras Mónica rehace por completo el último folleto de Cukitas. Logro encontrar algunas fotos que no me hagan vomitar y me dedico a escribir todos los textos.

Odio las galletas con pH neutro, digo, ¿hum? err... las galletas con fibra.

Es la hora de comer, casi nos hemos despachado el folleto y nadie ha vuelto todavía con noticias de Spumax Plus, así que le pido a Mónica que me acompañe a Zara. Por si no lo sabías, existe una ley no escrita entre las mujeres que dice que después de un duro trabajo tienes derecho a una sesión completa de compras.

Mónica y yo llevamos esa ley a rajatabla.

Como ha dejado de llover cruzamos la Castellana a pie y hacemos nuestra visita semanal al Zara del ABC de Serrano. No sé cómo explicártelo, pero llevo dos semanas enamorada de una falda de la sección de niños que vi el otro día. Pero en el momento en que entramos, le soy infiel con tres pantalones, dos faldas y un abrigo. Lo que sigue es como una cacería pero sin sangre. Arramplamos con todo lo que podemos de camino al probador y asustamos tanto a la dependienta con nuestras feroces expresiones de

depredador que nos deja pasar con más prendas de las permitidas. Nos atrincheramos en un probador y durante diez minutos parece que estamos jugando al Enredos. Yo me pruebo lo de Mónica. Mónica se prueba lo mío y nos miramos las dos intentando hacer un examen de cada una de las prendas lo más racional y justo posible. Yo no sé si será la ansiedad o que han vuelto a trucar el espejo del probador, pero todo me sienta fenomenal. Estoy mucho más alta y más estupenda de lo que recordaba. Y estoy por salir fuera y decirle a la dependienta que me envuelvan todo lo que tengan de la talla 36. Pero un análisis más calmado de mi cuenta corriente me recuerda que me quedan 90 euros para acabar el mes. Y estamos a 21.

—Mierda —me digo.

—¿Qué pasa, Sabrina?

—No debería comprarme nada. He sobrepasado mi límite de gasto este mes.

—Pero si te queda todo fenomenal... —es su única respuesta.

—Ya... —me enfurruño—. Lo sé.

—Págalo con la tarjeta y que te lo pasen el mes que viene.

—Es que, ... es que ya he sobrepasado mi límite.

—Bueno, pues págalo con la Visa.

—Ay, Mónica, ... también he sobrepasado mi límite.

Me mira con el ceño fruncido.

—¿Otra vez, Sabrina?

Gimo y pongo voz de niñita pequeña:

—Chi.

Mónica no me dice nada, supongo que buscando algo que me consuele. Bien sabe lo que me cuesta llegar a final de mes. No porque sea una manirrota, entiéndeme. Lo podemos definir como «un poquito descuidada». El caso es que todos los meses llego un pelín justa al final, si se entiende un pelín como tiritando. Como redactora júnior no me pagan mucho en RBDD & Partners, pero,

para ser sinceros, si me controlara un poco hasta podría llegar a fin de mes sin pedirle dinero a mis padres. Pero mis bolsillos están rotos y mi bolso es un agujero negro donde los billetes de veinte euros desaparecen para nunca volver. Bueno, a lo mejor no desaparecen. A lo mejor los saco yo para pagar esto y aquello. Pero debo de pagar muchos estos y muchos aquellos que no logro recordar. El caso es que todos los meses me digo que voy a hacerme un plan de gasto y lo voy a cumplir a rajatabla... y todos los meses acabo llorándole al director de sucursal de mi banco. Miro a Mónica con determinación.

—No me llevo nada. Me esperaré a llevarme esta monada la semana que viene.

Mónica asiente y comienza a recoger la ropa.

—Está bien, Sabrina. Si tú lo dices...

Decepcionada cojo unas cuantas brazadas de prendas y salimos del probador. Dejamos todo el revoltijo en una mesa. La dependienta nos mira con cara de odio, como si tuviésemos algo que ver con la política de sueldos de su empresa. Acompaño a Mónica a la caja a pagar un par de camisetas para ella.

—El caso es... —digo de repente—... que necesito una falda seria. Para cuando vamos al cliente y eso.

—Pero nosotras no vamos al cliente nunca.

—Pero, por si acaso —insisto.

—Ya.

Yo continúo.

—No, de verdad. La necesito de veras. No tengo ninguna falda seria. Ya sabes.

Ella acaba por darme la razón. Mónica es una chica estupenda.

—Y me quedaba bien. Francamente bien.

—Ajá.

—Y era preciosa, ¿a que sí? Dime que era preciosa, Mónica.

—Era preciosa —dice ella condescendiente.

La cojo de la manga y la arrastro hasta la sección donde está mi falda. Porque la falda se acaba de convertir en «la falda». Esa prenda preciada y maravillosa que se va a convertir en la *pièce de résistance* de todo mi armario. Cojo una 36 y la admiro. Es fantástica.

—No lo pienso más. Me la llevo.

Mónica suspira y se vuelve hacia la caja. Pero yo la detengo una vez más.

—Pero...

—¿Qué pasa ahora, Sabrina?

—Pues que no tengo nada con que ponérmela... ya sabes, un jersey negro tipo Audrey me vendría bien. O un *twin-set*. Y tampoco tengo zapatos adecuados y...

En cinco minutos estamos otra vez frente a la caja. Mónica lleva sus dos camisetas en la mano. Yo llevo mi falda, dos jerséis, una camiseta negra de lycra y unas merceditas. La encargada me sonrío mientras yo, descerebrada, saco mi tarjeta especial para urgencias y me gasto dos veces mi presupuesto para terminar el mes. Pero esto es una, ¿verdad? Salimos tan panchas con nuestras bolsas de papel azul de Zara, pero sé que es un estado de euforia momentáneo. ¡Cómo necesitaba esto! Deambulamos un rato por el centro comercial y miramos rápido los escaparates de las tiendas en las que nunca nos atrevemos a entrar. Esas tiendas donde las dependientas parecen estar chupando un limón eterno y nos miran con repulsión. Tengo hambre, pero nunca se me ocurriría sugerirle a Mónica ir a tomar algo rápido al Burger King. Parece ser que su religión se lo impide. Así que nos sentamos a una mesita de la cafetería Viena y nos inflamos a sándwiches de pollo y ensalada. Mónica me cuenta lo último de su Jose mientras yo la envidio con locura. El Jose de Mónica debe de ser el único hombre decente de todo Madrid y periferia.

—... y entonces —dice ella— abro la bolsa y adivina qué me encuentro... ¡Un conjunto de La Perla!



Mónica comienza a pegar grititos. Yo pego grititos con ella. Toda la cafetería nos mira, ven nuestras pintas, deducen que estamos como cabras y siguen mordisqueando sus sándwiches. Logramos calmarnos y hablar en un tono de voz que no involucre a todo el local en nuestra conversación.

—¿Y cómo es, cómo es?

—Ufff, es tan pornográfico y tan, tan caro, que no me lo pongo por miedo a que me lo arranque con los dientes.

—¡Cómo te envidio! ¡Cómo me gustaría estar como tú! Con Jose, una casa y todo eso. Por no hablar de tus tetas...

Mónica se pone colorada. El tema «tetas» y ella nunca han hecho buenas migas. Y es que Mónica tiene unas tetas inmensas. Entiéndeme, tampoco son tan inmensas, pero llevar una 95-B cuando apenas llegas al metro sesenta es tener un pedazo de tetas. Y Mónica las tiene. Y lo lleva fatal. Las mías en cambio parecen dos huevos fritos. Claro que reconozco que tienen sus aspectos positivos cuando se ponen de moda los escotes princesa. Las de Mónica, en cambio, tienen la facultad de transformarla en un abrir y cerrar de ojos en Dolly Parton. Y así va siempre, la pobre. Con camisetas negras y sujetadores Cruzado Mágico, que yo pensé que ya no existían hasta que la conocí a ella. Y es que tener tetas grandes no debe de ser tan maravilloso como te lo pintan por la tele. Parece que cuando andas rápido se bambolean tanto que te duelen. Y que cuando sales a la calle con un top un poco ajustado viene la policía y te arresta por escándalo público. La verdad es que Mónica y yo no podemos ser más diferentes, ella rellenita y voluptuosa, yo diminuta y rectilínea. Pero compartimos nuestro metro sesenta. Lo que viene muy bien para escondernos debajo de la mesa cuando entran repartiendo trabajo. Pero viene fatal cuando viajas en metro y le llegas a todo el mundo a la altura del sobaco. Y ya sabes cómo huele la gente en el metro. ¿Esto ya lo he dicho antes, verdad?

16.00 Los oligoelementos: esos amigos invisibles.  
Los oligoelementos y tú... esto... un futuro...

16.30 Los oligoelementos y la dieta mediterránea.  
Cukitas tiene oligoelementos que te ayudan a ir... no, esto no...

17.30 ¿Qué es un oligoelemento?

17.45 ¡Hasta los cojones de los oligocomoño sellamen!

Llego a casa pronto<sup>5</sup> y tiro las bolsas de Zara en la entrada. Candela está tumbada en el sofá con el mismo pijama viendo «Friends» y sorbiendo una Coca-Cola light.

—¿Qué tal? —me pregunta.

Me siento a su lado sin quitarme el abrigo. La miro y hago un pucherito.

—Fatal. Los de Spumax Plus no han vuelto porque el presi se los ha llevado de comida. Y Mart Vader nos ha encasquetado un folleto de Cukitas para hoy a las siete. ¿Y tú?

Candela, sin apartar la vista de la tele, me contesta:

—También fatal. Chandler y Mónica se han peleado.

Joder. Me encantan los problemas de Candela.

Me voy a mi habitación y me cabreo porque alguien ha organizado un mercadillo improvisado con todas mis pertenencias y está todo manga por hombro. ¿O he sido yo? Saco mi ropa nuevita de las bolsas y me la pruebo. Descubro que la falda me hace una arruga extraña atrás que no me había visto antes. Estoy por enseñársela a Candela a ver qué piensa ella, pero ya me estoy imaginando el comentario. Candela es la única persona que conozco que to-

5. Definición de pronto: cuando llego a casa antes de las once de la noche, a pesar de que mi horario estipula que la hora de salida son las seis.

davía lleva lacitos de lana de Don Algodón en el pelo. Está claro que no lo va a entender, así que oculto mis compras entre el montón de ropa que hay en el suelo y me vuelvo al salón. Candela sigue abducida por la tele, pero logro que me haga un hueco a su lado.

—¿Tenemos algo para cenar?

Niega con la cabeza.

—Ni un triste yogur. Ana y yo íbamos a hacer la compra ayer por la tarde, pero al final se acercaron unos amigos de la academia a por unos apuntes y nos liamos.

Traducción: nos bebimos tres botellas de vino y acabamos con todo lo que quedaba comestible en la casa.

Me resigno a mi destino de mujer soltera independiente de vida depravada que comparte piso con dos inconscientes.

—Podríamos ir al chino —me sugiere conciliadora viendo mi cara de mosqueo.

Ahora que lo dice, me apetece mucho hacer una visita al chino del barrio: El Buda Feliz. Un chino de barrio como todos los chinos de barrio que pueblan Madrid. Es decir, un restaurante decorado por un psicópata obsesionado por la estética kitsch y los sillones de felpa roja plastificados en el que suena un sinfín de musiquilla ratonera. El Buda Feliz es así pero en cutre y con un ¡karaoke! Pero eso no nos importa ni a Ana, ni a Candela ni a mí, que acudimos religiosamente cada jueves a nuestra cita con la gastronomía china para felicidad de la mafia que lo regenta. La idea de salir a cenar fuera me anima tanto que no me importa esperar a Ana mientras Candela me comenta en vivo y en directo «Gente».

Cuando Ana llega a casa estamos tan hambrientas que nos hemos fumado medio paquete de Marlboro light entre las dos. Ana suelta todas sus cosas en la entrada y se tira en el silloncito.

—Ufff... qué día de mierda...

No espera a que le preguntemos.

—El jefe de proyectos me ha tenido toda la mañana buscando fichas de antiguos clientes porque ha habido un problema con los pedidos. Y luego he tenido que organizar una reunión para veinticinco personas.

Yo no me dejo impresionar, pero Candela, la pobre, con veintitrés años todavía no se ha estrenado en el mundo laboral, lo cual no quiere decir que no se haya estrenado en otras cosas (je, je, je).

—Y para colmo —sigue protestando—, estas botas me están matando. Estoy deseando que se pasen de moda.

Por si no lo sabes Ana es una abanderada de la moda, lo que en términos más fashionistas se conoce como una «trendie». Da igual si algo le sienta bien o le sienta mal. Si sale en el *Vogue*, Ana tiene que llevarlo. Y eso significa que en el último año la hemos visto combinar en un solo atuendo bermudas anchos, corbata modelo Oxford y calentadores rosas tipo *Flashdance*. Nunca nos hemos atrevido a decirle que más que Madonna parecía un mamarracho. Pero Ana es feliz provocando miradas de admiración de la calle. Bueno, ella cree que son de admiración; yo más bien diría que son de estupefacción. Pese a todo, Ana es un encanto. Es divertida, cariñosa y desprendida con toda su ropa (algo muy útil cuando se acerca Halloween). Y además es la única de las tres que sabe utilizar la olla exprés, lo que es un alivio. Yo no dejaría acercarse a Candela a la cocina ni loca. La última vez que se le ocurrió la feliz idea de cocinar no se acordó de que llevábamos dos meses sin limpiar y acercó una cerilla a los tres kilos de grasa que habíamos dejado macerar en los fogones. Al propietario de nuestro piso no le hizo mucha gracia tener que reponer parte del mobiliario. Lo único positivo que recuerdo de aquella aventura fue la visita de los bomberos. Sobre todo de uno que se llamaba Pablo. Y es en cosas como encender el fuego y otras muchas más donde se nota que Ana es mayor. Si no fuera por ella nunca nos acordaríamos de pa-

gar el alquiler. Además es la encargada general de gestiones: hablar con electricistas, la compañía de teléfonos y tranquilizar a los vecinos tras una enorme juerga casera...

Estarás pensando que debe de ser muy divertido vivir con nosotras en un piso. Hombre, si te gusta encontrarte con desconocidos en el pasillo cada vez que vas a por un vaso de agua a las cuatro de la mañana, pues sí, es divertido. Si las pelusas son un *must* en tu estilo de decoración... pues también. Si quieres sentarte tranquilamente en tu taza del váter todos los días..., pues no.

Pero me estoy yendo por los cerros de Úbeda.

Le contamos a Ana lo del chino y está de acuerdo. ¿Cómo no iba a estarlo? Así que mientras las dos se cambian de ropa, me estiro en el sofá y me relamo pensando en el festín que nos espera.

Cuando entramos en El Buda Feliz provocamos un gran alboroto. Les ha roto los esquemas que aparezcamos por allí un martes en vez del jueves, como es nuestra tradición. Pero consiguen reponerse de la gran sorpresa y nos llevan a la mesita de siempre. Como es usual no nos traen la carta. Total, cada vez que vamos pedimos lo mismo.

—Adiós a la dieta —dice Ana.

Todos los lunes Ana y Candela comienzan su dieta. Y todos los martes se la saltan. Y es entonces cuando deciden que mejor esperar al lunes siguiente para comenzarla. Yo la verdad es que no tengo problemas de ese tipo. No es que tenga una figura envidiable, pero heredé la infraconstitución de mi madre. Sin embargo, Ana y Candela se pasan el día quejándose de que si les sobra aquí o allá. Yo debería envidiarlas porque las dos son altas, voluptuosas y rubias, pero yo rubio es de bote y su futuro está plagado de barritas de Biomanán. Así que me digo a mí misma que no estoy tan mal mientras devoro bolsas tamaño gigante de Doritos.

Liu, nuestro camarero favorito, nos trae el vino, y mientras esperamos la comida nos bebemos un par de copas.

—Así que hoy has tenido presentación —me dice Candela como si no fuera con ella la cosa.

Asiento.

—¿Y estaba Daniel?

Vuelvo a asentir. Si ya me lo veía venir... Las dos se inclinan hacia mí, ansiosas. Espero. ¡Me encanta hacerlas sufrir! Pero Ana no puede más y me apremia:

—Pues... cuéntanos, cuéntanos... ¿cómo estaba hoy?

—Sí, sí —Candela quiere saber—, ¿qué llevaba puesto?

Mis dos compañeras de piso están locas por mi jefe. Como todo el personal femenino de RBDD & Partners. Como el resto de la población mujeril mundial, excepto Mónica, Anne Heche y... yo, por supuesto. Y cada vez que Daniel hace una presentación tengo que pasar la prueba oral:

1. ¿Qué llevaba puesto?

Enumere la marca, estilo y color de los siguientes elementos: traje, camisa, zapatos y otros complementos.

2. ¿Le sentaba bien? Razone la respuesta.

3. Describa el tipo de peinado en 100 palabras o más.

4. ¿Dijo algo? Haga un comentario de texto.

5. Valoración general. Puntúe del 1 al 10 los siguientes atributos:

- Culo
- Cara
- Pelo
- Atractivo masculino

Estoy por pasar de ellas o, mejor aún, hablarles de Nico y sus pintas de hoy para fastidiarlas, pero me dan pena sus caritas de amor no correspondido. Así que decido no hacerme más de rogar

y les explico con pelos y señales la entrada de Daniel. De vez en cuando me interrumpen para ampliar información:

—Entonces, ¿llevaba el traje de Hugo Boss o el de Armani?

—El de Hugo Boss —confirmo y añado—: Llevaba también la camisa amarilla.

Candela me interrumpe porque se sabe la respuesta.

—La de Miró, la de Miró.

Las dos suspiran. ¡Vaya par de idiotas! Me pone un poco de los nervios esa insana adoración que demuestran por cualquier miembro del sexo masculino que sepa llevar un traje de marca. Y me pone histérica que sean incapaces de distinguir la capacidad para llevar bien la ropa con la capacidad para ser un buen novio. Y yo trato una y otra vez de convencerlas de que Daniel no está hecho del material del que se hacen los novios. Daniel no es ese tipo de chico, sino más bien de los de «no te acerques a mí que no quiero más líos». De los que miden un metro ochenta y tienen constitución atlética, de los que le dedican dos horas más que tú a su arreglo personal y se gastan una pasta en ropa. Esos chicos que cambian de novia como quien cambia de camisa y que tienen un alto porcentaje de misses en su historial. Entiéndeme, Daniel es un tío sensacional. En serio. Pero, personalmente, no me sentiría tranquila saliendo con un chico tan atractivo.

Además, un chico como Daniel nunca saldría conmigo.

Afortunadamente para mí, Liu llega con el resto de la comida y nos lanzamos sobre ella como si no hubiéramos comido nada en las últimas veinticuatro horas, lo que en mi caso se acerca bastante a la realidad. Ninguna de las tres habla y nos dedicamos a comer como descosidas y a beber vino en grandes cantidades. Los del chino deben de pensar que hoy celebramos algo especial porque pedimos otra botella de vino y la hacemos desaparecer con maestría. Bebemos y bebemos, y Ana comienza a contarnos por centésima vez lo mucho que odia su trabajo y que su vida es un asco y

que tal y que cual... Pero Candela y yo no la dejamos hablar y nos ponemos a contar chistes feministas. Jo, cómo nos reímos.

Creo... crreoo que estoyyyy un... poquitínnnnnnn ... pedo.

No sé qué hora es, pero parece que nos hemos confinado en el chino con los camareros como rehenes. Candela está tan mal que se ha subido al karaoke y está haciéndonos un recital de canción ligera española. Una camarera está sufriendo una crisis nerviosa en la barra mientras sus compañeros miran con anhelo la puerta de emergencia. Liu resiste como un machote, trayendo una botella de vino tras otra. ¡Qué servicial es esta gente!

Desde el escenario nos llegan los dulces graznidos de Candela:

—... Libreeeeeeeeeeeeeee, como el sol cuannnnnnnnndo amanece yoooo soy libreeeeeeeee, como el marrrrrrrr. Libreeeeeeee como...

Termina y Ana y yo gritamos al unísono:

—Otra, otra, otra.

Y Candela, inconsciente total, se decide por Camilo Sesto.

—... Vivir así es morir de amorrrrrrrrrrr.

—Bravo, bravo —grita Ana.

—Uhhhhhhhhh —digo yo, haciendo caso omiso de los gemidos que llegan desde la barra—. Otra, otra.

Candela canta a grito pelado lo que se le pone por delante.

—¿Y CÓMO ES ÉL? ¿Y EN QUÉ LUGAR SE ENAMORÓ DE TI?...

La verdad es que se está poniendo un poco pesadita. Y, además, me ha parecido ver que un camarero ponía una cara rara cuando afilaba unos cuchillos, así que decido acabar con esto antes de que termine mal. Pero no hay manera. Candela se aferra al micrófono con ferocidad.

Lo que es vergüenza, hoy no tiene ninguna. Y bueno, nosotras



somos sus amigas y estamos obligadas a aguantarlo, pero estoy segura de que dentro de poco tendremos noticias de los del Sindicato de Hostelería. O de la Brigada de Homicidios.

—... Y LA CANTA, Y LA BAILAAAAAAAAAAAAAAAA... ASEREJÉ, AJÉ, DEJÉ... —Candela casi se cae al suelo con la coreografía.

—Dios Santo —suspira Ana—. Esto es anticonstitucional.

Qué inconstitucional... ¡Es inhumano! Me levanto resuelta y digo al más puro estilo Harry el Sucio:

—Sí, voy a acabar con esto de una vez por todas.

Me dirijo directa al escenario. Todo el restaurante me mira con un brillo de esperanza en los ojos. Hago como que bailo y me voy acercando poquito a poco a Candela. La muy tonta se cree que quiero cantar y me pasa el micrófono. Aprieto el botón de off y el restaurante se queda en silencio. De repente, hay una gran ovación. Todos los camareros están aplaudiendo, muchos de ellos lloran de la emoción. Candela se queda quieta, recibiendo la ovación de su vida y luego se derrumba, para alivio de todos. Es el momento de pasar a la acción. Le hago una seña a Ana para que pida la cuenta mientras arrastro a Candela por la escalera del escenario.

—Eh, eh, eh... Liu, tío... ¿Nos traes la cuenta?

—Mientras la trae... ¿canto otra? —oímos balbucear a Candela a la altura de nuestras canillas.

Jo, tendrías que haber visto la reacción de Liu. ¿Sabes tú el tipo aquel que ganó la última competición de velocidad? Pues una mierda al lado de Liu trayendo la cuenta. Empiezo a sospechar que si no nos llevamos ya a Candela se va a montar la marimorena. Sobre todo cuando el cocinero vuelve de la cocina esgrimiendo un enorme cuchillo entre los dientes. Así que pagamos lo más de prisa que podemos, recogemos a Candela del suelo y nos vamos a casa a dormir la mona.

¡Hay gente que no sabe divertirse!